

ESO SOLO IMPORTA

La Unión, sus minas y su cante

¿Y qué importa que el minero cante hoy o deje de cantar, que el ojo miope y malintencionado no sepa distinguir la quincalla barata de la de verdad del cante, que los soles eléctricos de un escenario o las estrias de un «long-play» desnuden de sus siete velos a la copla que un día naciera sólo para ser cantada como misterio de dolor en la soledad de la mina o en la intimidad de la taberna, compartida con el amigo del alma y el vino peleón?

Importa contar con el tesoro que los hombres de La Unión legaron a su ciudad, importa que la copla esté en pie, crepitante como una dramática llama colorada, viva como un pequeño animal en celo. Eso sólo importa.

A La Unión, esquina por la que Murcia maneja la gracia de ofrecer al mundo uno de los más hermosos cantes inventados por los hombres del pueblo, no le quedaba más opción que decirle a la copla «usted descanse en paz» o agarrale al cante las solapas para que no se fuera que sí que iba. ¡Vaya que si se iba! Porque día hubo, no excesivamente lejano, en que en La Unión cada guitarra, sellada su boca por el polvo o la telaraña, mantenía una decisiva intención de atajid. Los cabales que se llevaban a la boca el tercio de una «minera», una «taranta» o una «cartagenera» mismamente como si se tratara de un fruto en sazón, habían remitido la afición al oropel y la charanga, al flamenquismo de segunda ma-

no con faralaes de percal y funciones de tarde y noche.

¿Dónde las famas mayores con que un día se coronara La Unión? Vaya usted a saber. Lo cierto era que a Murcia se le había escapado una importante faceta de su folklore, hermana legítima de las parandas, de las campanas de auroros, de los autos de Reyes Magos... Por eso es de suponer que cuando Esteban Bernal, alcalde de La Unión por aquel entonces, firmó la primera convocatoria de los festivales del cante de las minas, intuyera que, a la vez que salvaba el cante, entroncaba a La Unión con sus más nobles y kícidas claves.

Llévame a La Unión volando,
daos prisa, tartaneros...

Versos que Marquerie escribió para convocar al oído a la resurrección de la copla. A salvo, el cante, de nuevo llaga viva, pájaro en vuelo de muchos cielos, puesto de pie en La Unión sobre un tablado donde el negocio es derrotado por el rito y en el que hoy la ciudad murciana sigue enseñando al mundo que sobre muchos falsos relumbros a los que el hombre actual se siente atado, una copla bien cantada vale todo el oro del Perú y que no es bueno tragarse lo que el corazón le pasa por dentro. ¡Ay, si a todos nos fuera dada, como al «cantaora», la merced de echar fuera el oscuro dolor nuestro de cada día, enredado en los versos de una copla!

ASENSIO SAEZ

EL CRISTO CAMINANTE DE PEDRO PEDREÑO PAGAN

Tengo ante los ojos una reproducción del Jesús de Segrelles. La pintura es pequeña, casi minúscula, pero con inmensa grandezza temática y representativa.

Es un Cristo joven, fuerte, que lleva en sus ojos las ilusiones de infinitos cielos. Es un Cristo vestido a la usanza árabe, mozo de expresión radiante que camina con pasos firmes, la rodilla levantada, como subiéndole la senda de un monte. El viento de la altura aprieta el manto contra su cuerpo y lo vuelca flameante sobre su espalda.

Un horizonte impreciso, lejano y luminoso queda atrás en la hondura del cuadro.

A este Cristo que adelanta el pecho y la rodilla a la cuesta imaginaria; que tiene vuelto el rostro un poco, como curioso ante un encuentro invisible o despedida o algo ignorado; a este Cristo hombre, sin más huella divina que la mirada pura y la expresión profundamente serena en su rostro de barba incipiente, le he llamado el Cristo caminante.

En otras circunstancias, en otra época tal vez la imaginación me hubiera llevado a llamarle el Divino Caminante, el dulce andariego u otros títulos blandos, repulidos y acordes

con los textos de oraciones en reversos de estampas religiosas.

Hoy no. El Jesús de Segrelles es un símbolo de la necesidad actual del cristianismo. El Cristo caminante por todas las sendas de la humanidad.

A Jesús le gustaba hablar y predicar a cielos abiertos; ir de aquí allá, recorrer calles, visitar hogares, subir colinas y buscar las sombras de los árboles. El Dios, prefería como trono de su divinidad la silla, la piedra o la tierra. Y hasta las ancas de un borriquillo.

Su voz magnífica y penetrante cisía con palabras los aires libres de palestina, como más tarde bordó los de todo el mundo.

Con su voz dejó su cuerpo, su sangre, su todo. El ser de Cristo quedaba entre los hombres. Y los hombres tomaron a Cristo en sus manos y lo recogieron amorosamente entre muros de piedras. Después salieron del recinto a decir que Cristo estaba allí.

Cristo se vela precisado a esperar, inmóvil, paciente, como dueño del infinito.

Pero hoy, yo espero cruzarme, de un día a otro, por los senderos que nosotros pisamos, con el Cristo caminante. Oír su

voz en las calles, en los hombres, en los huertos, en las carreteras y en los montes. Joven y brioso, decidido, ejemplar y fuerte.

Y por un milagro de mil reficjos, cruzarme con miles de Cristos caminantes, los hombres. Para ello hay que ir allí donde lo tenemos recogido, decirle como a un amigo:

Ven conmigo. Salgamos a la luz bajo las nubes a predicar con la palabra y con el silencio del ejemplo. No dejaremos sendas de la vida sin recorrer, casa sin visitar ni monte sin subir. Y descansaremos en la silla o en la piedra a la sombra del techo o de la rama, pero salgamos. Ahí fuera nos llaman, nos necesitan.

Y como te en nuestro corazón echaremos a andar humanidad adelante, acompañados por el Cristo de los primeros tiempos.

La mística requiere hábito y convento. Hoy el hombre de vida externa, mundana, sólo precisa como oración un simple:

—VEN CONMIGO... NADA MAS.

Y a nuestro lado, veremos al Jesús joven, afable e impetuoso de Segrelles, al Cristo caminante.

L. C.

Propagada armonía

¿En qué parte del Cosmos
colocarás mi estrella:
Seré vespéral luz o matutina?
Prometiste una estrella a cada uno.
¡Ah mi luz de muchacha...!
Ya la veo correr por los cielos de agosto
a cambio de mi gastada vida.
¡Futuro de una estrella toda mía!
Ahora que lo obscuro ha terminado
y sólo quedan albas
yo te pregunto, Dios;
¿Dónde hincará mi estrella?
Me prometiste hacerme arder por siempre,
con la luz que me reste de tu signo
alentada en el soplo que me diste
y te aseguro, Dios, que habré de hacerlo.

El humo dormía en blancas fragatas
visperas de sangre.
Crespones de niebla
cubrían el verde de los olivares.
Torzales y linos.
Holandas
tendió en las vidrieras la luna.
Se abrió en remolino de púrpura,
el cisne de nítido cuello.
¿Qué ha dicho?

Retrocedió la luz todos los pasos
y quiso estar dormida.
¿Qué le han hecho?
Los cármenes temblaron
desde el torredón a los cimientos.
Y hubo el rojo y el gualda.

Y el azul,
y el violeta...
toda la palidez
para su frente clara que soñaba
¡Llorad por el poeta!
Nadie estuvo a su lado
Pero ángeles debieron velar a su siniestra
cuando, a su diestra
estaba Dios velando.

José María SOBIA

No sería la muerte

Si TU VOZ y la mía,
para cantar unidos,
atravesaran cielos desgarrados...:
No sería la muerte
lo que tú y yo cantaríamos.
Por siempre
cantaríamos
distintos y cercanos
a un tiempo.
sellaríamos a besos hasta hacerlas eternas
las obras de este siglo
que tocamos
a filo de nuestra alma florecida,
volando hacia el encuentro.

No habrá silencio que no
tenga algún día su voz.
No habría una mano que no
se derrumbe ante el amor.
Si un solo río que no,
del mar, retorne a su fuente
para empezar su canción.
será la mar la muerte.
No.

Antonio López Baeza

El testamento abierto

Si el testador, acaso, no oye nada
y es testamento abierto el que ha escogido,
debe leer por sí mismo, y de corrido,
esa su voluntad manifestada.

Si no puede, o no sabe, —¡Qué primada!—,
—probando así ser hombre prevenido—,
habrá ya dos personas elegidas
por que hagan la lectura mencionada

en nombre suyo y siempre ante el Notario
de aquel oborgamiento fedatario,
—hábil en el lugar—, y tres testigos.

Si cumple así, ya es bueno el testamento,
pero si no, de entrada y al momento,
lo que testó no vale cuatro ligos.

Angel J. GARCIA BRAVO

El Noticiero

DE CARTAGENA

EMPRESA EDITORA: EPECBA
REDACCION Y ADMINISTRACION: Carretera de los Pinos,
subida al Coto Dorda,
TELEFONO: 50 11 15.— Apartado de Correos 103
DEPOSITO LEGAL: MU-58/1968
AÑO XXXVI NUM. 10.830